

RECUERDO HISTORICO

EL EMPECINADO

POR

D. León Fernández Fernández

CAPITÁN DE INFANTERÍA



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO «EL TRABAJO»

10, Calle de Guzmán el Bueno, 10.

—
1905

G-F 13732

A



t. 155698

RECUERDO HISTÓRICO

EL EMPECINADO

POR

D. León Fernández Fernández

CAPITÁN DE INFANTERÍA



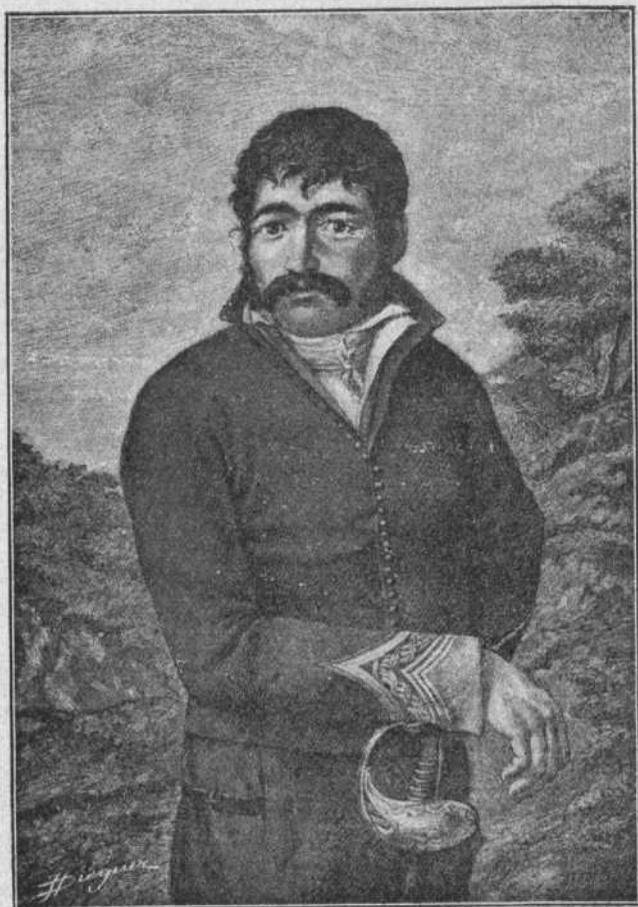
MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO «EL TRABAJO»

10, Calle de Guzmán el Bueno, 10.

1905

R.189397



D. JUAN MARTÍN (*el Empeinado*).

RECUERDO HISTÓRICO

EL EMPECINADO

La historia contemporánea no se puede escribir sin incurrir en la nota de parcialidad, pero se pueden y se deben buscar con toda diligencia los documentos sin los cuales no podría escribirla la posteridad, ni juzgar de los acontecimientos más importantes de cada época. Un sólo documento que se haga desaparecer puede dar lugar á que se falsee por completo la historia. Así, la que conocemos del reinado de Fernando VII, nos presenta á este buen rey siendo objeto desde 1820 á 1823 de los más groseros insultos de parte de los liberales, que llegaron algunas veces á vías de hecho y pusieron en grave peligro su existencia. Parece que nadie lo pondrá en duda, cuando el rey mismo lo declaró así ante las Cortes, en una postdata que puso al discurso de la Corona; cuando este fué el principal motivo del Congreso de Verona, y cuando los soberanos del Norte, como entonces se decía, enviaron á España los cien mil nietos de San Luis al mando del Duque de Angulema para acabar con los constitucionales que en tanto riesgo ponían la preciosa vida de Fernando. Pero, afortunadamente, se han publicado después las órdenes que él mismo escribió de su puño y letra, y que felizmente se conservan, á un agente suyo que pasaba por liberal muy exaltado, para que en tal día le apedreasen cuando saliera de Palacio, si bien cuidando de que no lo hicieran tan al vivo como la última vez, que por poco no le descalabran, y encargando que tirasen las piedras á las mulas y no al coche, el rey y sus compañeros de Santa Alianza quedan con esto en el lugar que les corresponde, y los pueblos aprenden qué arterias y qué medios tan indignos se empleaban para despojarles de sus derechos y para hollar su independencia y su dignidad. Por eso ha sido en todos tiempos

el primer cuidado de los tiranos esconder y aún destruir los documentos en que debe apoyarse la historia.

Después de fallecer Fernando VII, no se contentaron con mandar recoger las causas seguidas durante su reinado, que son mucho más monstruosas que las que el mismo Felipe II dispuso que se formasen, y con el hábil pretexto de borrar recuerdos odiosos y de procurar la reconciliación de todos los españoles, se dispuso que se quemaran todas públicamente, y uno de los primeros actos de servicio en que se empleó la milicia nacional, que en todas las provincias se estaba organizando apresuradamente, fué el de proteger aquellas hogueras con que se quiso purificar el reinado anterior. En ellas desaparecieron tantos y tan preciosos documentos que por sí solos formaban su terrible proceso. Bastantes entre tantos millares se salvaron por imprevistas é inevitables casualidades, que siempre ocurren, otros por el favor de almas caritativas que nunca faltan, y sustraídos no pocos, ya sobornando á quienes á ello se prestasen ó aprovechando algún momento de descuido. Así han podido, afortunadamente, publicarse documentos importantísimos que aseguran para la historia de Fernando VII las páginas que mejor le caracterizan y ponen además en claro los hechos relativos á Torrijos y otros ilustres patricios como D. Juan Martín (*el Empecinado*), simpático guerrillero, del que á la ligera vamos á ocuparnos.

Ha ofrecido en todos tiempos la historia de España un fenómeno singular. Cuando las naciones más poderosas doblaban el yugo á los que aspiraban á la dominación de todas; cuando las legiones extranjeras ocupaban toda la Península y sus principales fortalezas; cuando toda resistencia parece inútil y hasta imposible; cuando los grandes Capitanes han creído más seguro el triunfo, que debían á su astucia más que al valor y poderío de sus numerosos Ejércitos, se ha presentado siempre algún hombre que, inspirado por el amor de la Patria, ha llamado á ésta á la pelea y ha logrado recobrar su independencia y dignidad, ó vengarla con gloria, siendo él espanto de sus enemigos. Y estos héroes, dejando en el alto lugar que le corresponde el nombre de Pelayo, no han salido, por lo común, de las clases más favorecidas por el nacimiento, la educación ó la fortuna. Viriato era pastor, el *Empecinado* un pobre labrador; pero uno y otro nacieron con aquel temple de alma que se necesita para personificar, en las grandes crisis que atraviesan las naciones, el espíritu de un pueblo, y con aquel instinto ó

aptitud especial de la guerra que los hizo superiores, en la que debían sostener á los instruídos y consumados Generales. Pretores, cónsules, guerreros afamados enviaba Roma contra el obscuro pastor, que no sólo fueron impotentes cuando intentaron destruir sus huestes allegadizas, si que también se veían sorprendidos de continuo, y aun en campal batalla, por fuerzas muy inferiores á sus formidables legiones, vencidos y derrotados. Y no quedaba á Cayo Plancio y á Lucio Emilio el recurso á que hubiera deseado apelar su amor propio, de atribuir las ventajas de su contrario al conocimiento prolijo y especial de su país, que pronto salió Viriato de la Lusitania, y ya se extendía por las orillas del Guadiana, ya se acercaba á Cádiz ó á Cartagena, ó de improviso se presentaba á las puertas de Toledo; como el *Empecinado*, saliendo del interior de Castilla la Vieja, tocaba las de Madrid, caía sobre Guadalajara y Sigüenza, se dirigía á Valencia y guerreaba en Aragón, siendo en todas partes el asombro y el terror de Hugo, de Belliard y de los demás Generales de Napoleón, que con cuádruples y quintuples fuerzas le combatían.

No ha llegado, ni llegará en mucho tiempo, el día en que naturalmente se haga el paralelo entre Viriato y nuestros más ilustres guerrilleros de la guerra de la Independencia. Estamos muy cerca todavía de este inmenso y magnífico cuadro, y no podemos verle en toda su grandeza; y sólo podrán contemplarlo debidamente las generaciones venideras. Todo lo que pueden hacer los contemporáneos, es dedicar algunas líneas á su memoria y publicar, si por ventura lo han recogido, algún dato curioso que deba conservar y pueda aprovechar la historia. Sus hechos principales los ha recogido la historia; los del *Empecinado* pasarán á la más remota posteridad, en la que escribió del levantamiento de España el profundo y elocuente Conde de Toreno; en la *Guerra de la Independencia*, del gran historiador y escritor militar D. José Gómez de Arteche y Moro, General ilustre de nuestro Ejército; en la obra de D. Modesto Lafuente y otros; además, en multitud de biografías (1) que andan en manos de todos, se pueden leer los interesantes y curiosos pormenores de todas sus campañas, que empezó con solo dos compañeros, que prosiguió algún tiempo con una partida insignificante, que se iba aumentando según el número de armas que cogía á los franceses

(1) En la *Revista Científico-Militar* de Barcelona, se publicó el año de 1888 un trabajo bien sugestivo sobre el *Empecinado*, debido á la envidiable pluma del General D. José Gómez de Arteche.

que mataba ó hacía prisioneros, y que terminó al frente de una poderosa división que contaba entre la Infantería, Caballería y Artillería más de 10.000 hombres. Basta, por consiguiente, para el objeto de este recuerdo histórico, consignar algunos rasgos principales que puedan dar á conocer su fisonomía moral y el carácter de aquella época, mejor que la más prolija narración de todas sus prodigiosas hazañas.

El *Empecinado* (D. Juan Martín Díez), nació en Castrillo de Due-ro, cerca de Aranda, y es de notar que aunque aquel pueblo lleva, por decirlo así, como apellido el nombre de aquel magnífico río, tiene más cerca de sí un riachuelo, cuyas aguas no son tan puras, ó no lo parecen al menos, por el color negruzco que le prestan las tierras que atraviesa. De aquí el nombre de *Empecinados* que los pueblos inmediatos daban á los vecinos de Castrillo, y que se dió por excelencia al que había de convertirlo de mote despreciativo en título de honor, el más preclaro, el más ilustre y el más grande y merecido prestigio que conoció la España en aquella época. Es muy digno de notarse, que no sólo lo ilustraba y hacía más popular cada día el héroe de Castrillo, con nuevas y extraordinarias proezas, sino que lo adoptaron todos los buenos españoles, como insignia y blasón de patriotismo. *Empecinado* era sinónimo de patriota, de hombre dispuesto á sacrificarlo todo por la independencia y la libertad de España. En el lenguaje de aquel tiempo, el mayor elogio que se podía hacer del que más se distinguía en servicio de la causa del país, era decir de él: *ese es muy Empecinado*. Cuando un pueblo se negaba á capitular con el enemigo, decía: aquí todos somos *Empecinados*. ¿En qué país, en qué época, ni antigua ni moderna, se ha visto que el entusiasmo popular trueque ó confunda el nombre de su propia nacionalidad con el apodo de un oscuro ciudadano? Esto es el honor más alto que en vida puede alcanzar el hombre más digno y el más afortunado. Las personas que por aquel tiempo se hallaban en posición de juzgar de estas cosas, dicen que este honor lo debió primeramente D. Juan Martín á los franceses, y á los pocos y malos españoles que siguieron su indigna causa, que dieron en llamar *Empecinados* á los que más resueltamente se declaraban contra los invasores. Esto no debe extrañarnos, porque los enemigos son los primeros que conocen quién les hace más daño; como la envidia y el odio descubren perfecciones, que de otro modo quedarían ocultas ó no serían, al menos, dignamente apreciadas. Hay quienes no saben distinguir el mérito, si no ven

primero la gran sombra que produce; pero es preciso hacer justicia al pueblo español que, con excepción de algunos miserables convecinos del *Empecinado*, que aprovecharon su ausencia para demostrar hasta qué punto pueden llegar los celos y las indignas rivalidades de lugar, sólo necesitó que le señalaran con el dedo al intrépido guerrillero, para seguirle con la más absoluta confianza y apropiarse su nombre, personificando en él la causa de la patria.

El *Empecinado* tuvo la ventaja de ser el primero que se presentó en campaña, y no esperó para ello al estallido del Dos de Mayo (1), que habiendo visto pasar por Aranda al Rey, que iba á esperar á Napoleón,

(1) El Excmo. Sr. General D. José Gómez de Arteche, dice, en el tomo VII de su obra antes citada: «La primera proeza del *Empecinado*, en unión de dos muchachos que hizo camaradas suyos con las infalas quizás de maestro en el Arte militar, fué la interceptación de un correo junto al lugar de Onrubia en la carretera de Burgos á Madrid por Somosierra. No muchos días después repetía la hazaña, con muerte ya del conductor francés, que le resistió, no logrando, como el primero, salvarse por torpeza suya ó escasa ligereza en su cabalgadura.»

«Y si esto sucedía antes del *Dos de Mayo*, llevado Martín Díez de su aversión á los franceses, despertada con la conducta del Emperador para con Fernando VII, á cuyo viaje dicen que intentó oponerse en su paso por Aranda, ¿qué no sería al llegar á sus oídos el clamor de los mártires de Madrid en aquel día nefasto, aunque eternamente glorioso? A la voz del *Empecinado* se le unen varios patriotas de su país, juramentados, como él, para no dejar las armas de la mano hasta haber tomado cumplida venganza del ultraje inferido á la nación española: y pronto aparece en las márgenes del Duero una partida bastante numerosa para no satisfacerse con la captura de los correos sino aspirar á presas de más consideración, las de los convoyes de vestuario y armas, de escoltas y destacamentos, destinados á acompañarlos ó custodiarlos. No pocas de esas presas fueron presentadas después al General Cuesta, con quien se halló el *Empecinado* en Cabezón y Río seco, dos acciones desgraciadas que le confirmaron en la idea de pelear por su cuenta, con absoluta independencia de Ejércitos españoles que veía destruidos por la furia francesa.»

«Al rehacerse el *Empecinado* de la segunda de aquellas derrotas y al establecer su partida entre Valladolid y Burgos con el objeto de estorbar el paso de los franceses por la nueva línea de sus operaciones, puso en práctica un procedimiento, tan eficaz como original, para aumentar su partida; ejemplo que, de seguro, no comprenderá siquiera un militar extranjero. Ofreció pagar jornal diario, soldada, á todo el que tomase las armas en socorro de la Patria, con la ventaja, además, de tener parte en las presas que se hicieren al enemigo; esto es, que alquiló patriotas, «muchos de los que, dice un admirador del *Empecinado*, conocieron la ventaja del jornal, y se convirtieron en cazadores de la libertad de su Patria, saliendo á espera de los que la querían esclavizar.»

al que suponía ya dentro de España, dijo: *Este va á Francia, y no vuelve hasta que nosotros le saquemos de allí.* Singular ceguedad la de Fernando, que envuelto en la nube del incienso que le prodigaban sus pérfidos cortesanos, no comprendía lo que tan claro veían hasta los más rudos campesinos, y singular arrojo y sublime inspiración la de aquel joven labrador, que desde aquel instante se creyó obligado á declararse en guerra abierta contra el Ejército francés. El único medio de hacerla que tuvo por de pronto, fué detener sus correos y quitarles la correspondencia, que fué conservando cuidadosamente, esperando el día del alzamiento nacional.

Entonces su partida llegó á contar 12 hombres montados, con los que hizo á los franceses sorpresas tan extraordinarias, que si no traspasan los límites de lo posible, están muy cerca de tocar en los de la fábula. Y la fama las iba todavía aumentando en proporción de la distancia que recorría, de modo que el candor y la credulidad del patriotismo en el principio del pasado siglo, nos hace comprender, cómo en siglos más atrás, en que se combatía contra los moros, pudo la piedad inventar y la tradición conservarnos aquellas famosas batallas en que morían algunos centenares de miles de infieles y sólo media docena de cristianos.

Realzaba la importancia del *Empecinado* el noble uso que hacía de sus victorias y sus sorpresas y el buen trato que daba á los prisioneros. Tuvo entre éstos, muy al principio de la guerra, al General Franceski, Ayudante de Campo de José Napoleón, y el que recuerde ó pueda comprender la justa indignación con que el pueblo español miraba todo lo que tenía relación con la persona del pretendido rey, se habrá de maravillar de que el *Empecinado* pudiera salvarle la vida y le tratara con tal generosidad y con tan delicadas atenciones, que hicieron cambiar por completo la idea de que nuestro ilustre guerrillero se tenía en el Ejército francés, y bastaron para que pusieran en libertad á su infeliz madre, á la que tenían presa en Aranda. A los sentimientos humanos y la blandura de su carácter, que tan señalado contraste forma con la rudeza de sus costumbres y la energía de su alma, reunía el *Empecinado* la primera virtud, y con razón la más estimada de cuantos consagran su vida al servicio ó la defensa de su Patria: el desinterés más completo que llevaba, hasta el punto de repartir á sus soldados ó de entregar á los pueblos ó á las Juntas populares, la parte que le corres-

pondía en el botín, que casi diariamente le proporcionaban las frecuentes y maravillosas sorpresas que hacía al enemigo. Y no sólo menospreciaba la fortuna, que al fin para nada necesitaba el que conservó toda su vida los gustos y los hábitos de sobriedad de un sencillo labrador, sino que jamás le tentaron la ambición ni los medros de su carrera militar. Un año hacía que sus hazañas corrían de boca en boca por todo el ámbito de la Península, y eran conocidas en toda Europa, que contemplaba con asombro el levantamiento de España y las proezas de sus hijos, y no se le había ocurrido la idea, ni había sentido la necesidad de tener ningún empleo, ni de usar ninguna insignia militar cuando la Junta central le envió el despacho de Capitán de Caballería.

Del mismo modo, con la misma modesta indiferencia, recibió sucesivamente todas las graduaciones, incluso la de Mariscal de Campo, mucho después de habérselas adjudicado la opinión pública y de haberlas conquistado, no sólo con su valor y el de sus tropas, cuyo número iba de día en día creciendo al compás de sus victorias, sino con aquel instinto del arte de la guerra, con aquel genio militar que la historia de nuestra Patria acredita cuán lejos ha estado de haber sido, por lo común, privilegio de los que seguían la honrosa profesión. Verdad es que el *Empecinado* sentó plaza de soldado á la edad de dieciséis años, fugándose de la casa de sus padres, y si bien consiguieron que volviera al hogar doméstico, volvió á ser soldado en el regimiento de Caballería de España, y peleó contra los franceses á las órdenes del General Courten. Nada pudo aprender en aquella corta campaña, si se exceptúa, aquel espíritu de disciplina, que procuró desde luego introducir cuando era más difícil, y por lo mismo más importante, en sus huestes allegadizas.

A tal conjunto de circunstancias, y á su prudencia y aun lentitud en las resoluciones, y á su firmeza y actividad para llevarlas adelante, se debieron tantas y tan gloriosas acciones, que no hemos de mencionar aquí, por ser sobradamente conocidas, aunque no todas, bastante apreciadas. La historia de los guerrilleros españoles podemos decir que es la verdadera historia de la guerra, y debieran, por todos los medios posibles, perpetuarse los nombres de Jefes tan populares y sus más insignes proezas. Estos hombres tan patriotas, tan audaces, que á voluntad propia abandonan sus hogares, formando partidas para guerrear sin tregua contra los franceses, revelan el carácter popular de nuestra guerra de la Independencia.

Don Francisco Espoz y Mina, natural de Idoán (Navarra), el cura D. Jerónimo Merino, D. José Manso y Solá, D. Joaquín Pablo (*Chapalangarra*), Palarea (*El Médico*), D. Lucas Rafael (*El Fraile*), Jáuregui (*El Pastor*) y otros varios, como el célebre D. Julián Sánchez, llamado (*El Charro*), fueron valientes Jefes de guerrillas, dignos compañeros de D. Juan Martín.—Este último es la personificación de todos los guerrilleros, de estos famosos, heroicos é improvisados caudillos (1).

Es indubitable que la *Guerra de la Independencia*, no fué tan sólo una lucha contra el invasor, si que también una revolución política. La historia de esta guerra será al mismo tiempo la historia del principio de nuestra regeneración política, y demostrará cómo se confundían en un sólo sentimiento, el del amor á la patria y el de la libertad. Los realistas, ó los que porque así conviene á sus miras aparentan serlo, rebajan acaso, sin quererlo, la dignidad del pueblo español, suponiendo que el único objeto de sus heróicos esfuerzos era restablecer en el trono á Fernando, á quien sólo pudieron llamar el *Deseado* antes que de hecho empezara á reinar. El pueblo español estuvo ya mucho más adelantado, y si al principio del siglo XVIII llamó *guerra de sucesión* á la que siguió á la venida de un Príncipe francés, como quien considera la cuestión circunscrita á intereses personales y dinásticos, ahora la llamó, y con este nombre será eternamente conocida, *Guerra de la Independencia*. Si Napoleón hubiese consentido en que Fernando se casara con una Princesa de su familia, como tantas veces lo solicitó, á buen seguro que no hubiera vuelto á sentarse en el trono de sus mayores. La verdad es, que habiendo sido el rey víctima de la ceguedad y de la perfidia de sus cortesanos, y habiendo sido engañado por Napoleón, que le tenía cautivo, se agregaba, á la popularidad que le diera su oposi-

(1) El ilustrado catedrático D. Alfonso Moreno Espinosa, dice en una de sus obras, que «el escritor lusitano Oliveira Martins retrata al Empecinado en esta composición:

Como fantasma cruel
ante el galo se aparece,
vencido, se desvanece;
vencedor, se ceba en él.

Espíritu vengador
de la nación ultrajada,
el patriotismo en su espada
da centellas de furor.»

ción á los planes de María Luisa y de Godoy, el interés que no puede menos de excitar en un pueblo tan noble y generoso como el español un Príncipe desgraciado y perseguido.

Pero al recordar el origen de tal desgracia, los escándalos de una Corte corrompida, los abusos del poder y la traición del favorito, que entregó nuestras plazas fuertes á las tropas francesas, todos deseaban que se pusiera remedio á tantos males y se hiciera imposible la repetición. Los hombres ilustrados lo intentaron, pareciéndoles propicia la ocasión, y el pueblo lo quería como por instinto y por su propia dignidad, que tan vilipendiada se había visto en el anterior reinado. Y la prueba mejor de que éste era el espíritu de la nación, está en la conducta que observaron y hasta en el fin que han tenido sus verdaderos Jefes, sus ilustres guerrilleros. Prescindiendo de los pocos, y por cierto no los más conspicuos que, perteneciendo á las clases privilegiadas, no podían ser partidarios de las reformas que contrariaban sus intereses ó sus preocupaciones, ¿quiénes podían personificar al pueblo español como sus hijos predilectos, los que llevaban su bandera, los que capitaneaban sus huestes, los que hallaban en todas partes quien los sirviese y les ayudase con sus bienes y sus personas? ¿Quién representará el espíritu popular de aquel tiempo, como Mina, Porlier, el *Empecinado*, *Chapalangarra*, *Chaleco*, *Tabuena* y tantos otros denodados guerrilleros, que no sólo se declararon desde luego en favor de la causa liberal, sino que, exceptuando al primero, que sobrevivió á su persecución y á sus largas emigraciones, perdieron por ello la vida, que las balas enemigas habían respetado? El *Empecinado* dió, además, al promulgarse la Constitución de 1812, una prueba de su claro entendimiento y de la nobleza de su carácter. Se hallaba, á la sazón, en la provincia de Cuenca al frente de una numerosa y muy disciplinada división, y poniéndose al frente de ella, dijo á todos, que si había alguno que no estuviese conforme con el nuevo régimen, podía dejar las armas sin ningún temor, y que los que quedasen, habían de defender desde aquel día las instituciones liberales de la Patria, como habían defendido su independencia. El pueblo español idolatraba á sus Jefes populares, y dispuesto como estaba á seguir todas sus tendencias, no podía, sin embargo, despojarse en un día de sus hábitos de sumisión á los que sostenían la causa de la reacción y el absolutismo. Bastante había adelantado en poco tiempo si, aceptando el rey el régimen constitucio-

nal, hubiera correspondido á los sacrificios que había hecho la nación.

Pero al volver á España, prefirió echarse en brazos del partido clerical, aparentando creer que el glorioso término de la Guerra de la Independencia, más se debía á las oraciones de los curas y los frailes (1) que al valor, á los esfuerzos y á los heroicos sacrificios de la nación española y á las proezas sin cuento de los Jefes de las tropas populares. Fueron éstas disueltas y sus más distinguidos Generales, como Mina y Porlier, formaron los más nobles, pero temerarios proyectos, de destruir violentamente aquel régimen vergonzoso que el despotismo y la hipocresía impusieron al pueblo español. El *Empecinado*, menos confiado en el éxito de semejantes empresas en los momentos en que era aclamado en todas partes con frenética alegría el nombre de Fernando, y creyéndolo capaz todavía de realizar las esperanzas que su reinado había hecho concebir á los españoles, se dejó llevar de su noble corazón y del entrañable cariño que tenía al Rey, y le entregó una exposición que hace más honor á sus nobles deseos y acendrado patriotismo, que á su sagacidad política.

La citada exposición al Rey, es un papel cuya sencillez en el estilo corresponde á la excesiva buena fe y al admirable candor del nuevo Cid de Castilla. Empieza quejándose al Rey de verle rodeado de grandes y altos funcionarios que habían estado en parajes seguros todo el tiempo de la guerra, sin tomar en ella parte alguna; se lamenta de la persecución que sufrían los sabios de la nación, que, cuando ésta se vió abandonada, procuraron constituirla del mejor modo posible; condena las prisiones arbitrarias que en todas las provincias se hacían, y concluye por aconsejar, no como quiera, una amnistía, sino que comunicando desde el Trono con las Cortes, baje de él por un momento el buen Rey y reciba en sus brazos á todos los españoles, sin distinción ninguna de colores políticos, porque á todos les debe mucho. ¡Qué honradez la de D. Juan Martín!; pero también ¡qué candidez! Nunca hubiera podido pensar peor que como lo hiciera, enviando la exposición á Fernando. ¿Cómo desconocía el esforzado y noble guerrillero la repugnante y soez clericalia que rodeaba al Rey? La deuda que éste tenía con el *Empeci-*

(1) Los curas y los frailes persiguieron tenazmente por los medios más inicuos á cuantas personas tenían tendencias liberales, mientras amparaban á toda la gente milagrera y embaucadora que tenía imágenes con llagas que se abrían y se cerraban según vencían las tropas francesas ó eran derrotadas.

nado, la pagó inmediatamente S. M. desterrándole de la corte y confinándole á Valladolid. Aquí empieza el calvario que sufrió hasta su muerte tan ilustre guerrillero é insigne patriota. Cuanto mayor debe ser la gratitud, más fácilmente degenera en el opuesto sentimiento.

Así fueron más particularmente odiados por Fernando VII los que más y mejor le habían servido en la guerra de la Independencia. Tan amargo desengaño no fué, sin embargo, poderoso á desalojar del noble corazón del *Empecinado* el cariño que siempre le había tejido, y después de haber pasado cinco años en el campo, entregado con grande ardor, con suma inteligencia y no corto provecho, á las faenas agrícolas, se le vió, cuando el Rey juró la Constitución, defender su buena fe y su sinceridad. Para desengañarse, necesitaba el *Empecinado* una prueba directa y evidente. Se había sublevado en Castilla el cura Merino, y á pesar de los grandes elementos con que contaba, no tardó el *Empecinado* en derrotarle y obligarle á que se escondiera en la sierra. Por todas partes eran batidos los facciosos realistas, ó *feotas*, como entonces los llamaban, por la hipocresía con que querían cubrir con el manto de la fe sus aspiraciones políticas, y el Rey, viendo desaparecer las esperanzas de recobrar pronto el poder absoluto, al que sus tendencias heredadas y naturales propendía, se decidió á tentar la virtud de algunos jefes constitucionales. La historia de aquel tiempo, como la de todas las épocas y naciones, nos enseña y seguirá enseñando, con más ó menos provecho, á las generaciones futuras, que cuando un Rey se decide á conspirar contra los intereses y los derechos del pueblo, siempre halla algún cómplice entre los que han sostenido la causa popular.

Pero el *Empecinado*, á quien quiso seducir por medio de una persona de la confianza de éste, ofreciéndole, por de pronto, un millón de reales y un título de conde, le hizo ver que si hasta entonces había pecado de crédulo y de confiado, no era tan villano que se vendiera por dinero, ni tan necio que creyera que todos los títulos aristocráticos que pudiera dar el Rey, valieran en junto tanto como el glorioso apodo que él llevaba, y despidió al mensajero, con aquellas palabras que corren impresas: «Diga usted al Rey, que si no quería la Constitución, que no la hubiera jurado; que el *Empecinado* la juró, y jamás cometerá la infamia de faltar á sus juramentos.»

Desde entonces hubo de jurarle el Rey el odio mortal que inspira la virtud al que no puede vencerla.

¡Triste condición de la humanidad! El vicio, la crueldad, el crimen, no llegan nunca á ser tan aborrecidos por nadie, como lo son por los poderosos de la tierra los hombres íntegros y virtuosos, que resistiendo á las seducciones y no cediendo á sus planes, siguen impávidos su camino, sin cuidarse de las consecuencias. Las que para el *Empecinado* tuvo su entereza y su lealtad, fueron terribles. Ni fué diputado, ni tomó parte activa en los graves y varios acontecimientos que ocurrieron desde 1820 á 1823, ni hizo, ni dijo nada que fundadamente pudiera ofender ni aun disgustar al Rey.

Sirvió lealmente á su Gobierno, que le empleó de continuo en la persecución de los facciosos, y al concluir el régimen constitucional, y hallándose con fuerzas suficientes, no para restablecerlo, pero al menos para haber prolongado la campaña, capituló en Extremadura, como lo hicieron todos los que componían aquel Ejército, con la condición de que no habían de ser perseguidos por sus opiniones y hechos políticos. No tenía gran confianza en que la capitulación se cumpliera fielmente, y se dirigió al inmediato reino de Portugal; pero los consejos de algunos amigos, la seguridad que se le dió de que no sería molestado, y la escolta que se le concedió para volver á su país, y que á su valor le parecía sobrada para hacerse respetar de toda clase de enemigos en el camino, le hicieron tomar el de Castilla. Pronto conoció que no podría vivir tranquilo en su casa, y sólo pensó en llegar á ella para arreglar sus intereses y despedirse de su familia. Para el que ha servido heroicamente á su Patria, para el que nunca ha salido de ella, es la emigración cosa terrible; pero era su única esperanza. Con tan tristes ideas, sin escolta ya, y desarmados algunos nacionales que le acompañaban, llegó en la noche del 21 de Noviembre de 1823 al pueblo de Olmos de Peñafiel, donde fué sorprendido en la cama y arbitrariamente preso por los voluntarios realistas de Roa. El capitán de ellos, Gregorio González, le ató á la cola de su caballo, y lo propio hicieron otros con los desgraciados nacionales que le acompañaban; y de esta manera, descalzos y recibiendo continuamente los más groseros insultos y golpes, sin alimento, sin agua siquiera para aplacar la sed que les causara, no sólo el cansancio del camino, sino la fiebre de su noble indignación al verse tan brutal y tan cobardemente maltratados, hicieron la jornada hasta el pueblo de Roa.

Un diario escrito por uno de sus míseros compañeros de prisión,

confirmado por el testimonio de las personas más veraces que presenciaron los hechos que en él se citan, relata los padecimientos y los acerbos dolores del *Empecinado* en una agonía moral que duró cerca de dos años. No bastando la estrecha reja de su calabozo á satisfacer la bárbara curiosidad de los que iban á gozarse en su desgracia y á insultarle de palabra y de obra, se le sacaba con frecuencia á la plaza, y como en una jaula se le exhibía como animal ó monstruo dañino al que á todos es lícito mortificar. Este criminal proceder indignó á las potencias europeas, por lo que el gobierno trató, cediendo, según se cree, á las vivas gestiones del embajador de Inglaterra de que se trasladase al *Empecinado* á Valladolid. Se expidió la real orden, se comunicó al Capitán General y á la Chancillería, se obedeció por ésta, se dió comisión al que había de ejecutarla, llegó á Roa con tropa más que suficiente para hacerla cumplir y respetar, y... no se cumplió sin embargo. Díjose entonces, y así tenía que ser necesariamente, que el corregidor tenía orden secreta del rey para no cumplir lo que le comunicaba por conducto del estúpido de Calomarde. El rey hubo de quedar muy satisfecho del alcalde mayor de Roa, cuando poco tiempo después lo elevó desde aquel modesto puesto al corregimiento de Segovia, que era entonces de los más pingües y codiciados en España. Tales cosas sólo se ven y no se pueden extrañar en un gobierno absoluto. Lo que es extraño y hasta parece incomprensible, es cómo pudo extraviarse y degenerar en feroz aquella en general humilde y honrada gente de Castilla, que acostumbrada á cantar las proezas del *Empecinado* y teniendo á honra muy señalada el que hubiese nacido en su suelo, mostró luego tan despiadada satisfacción en su desgracia. ¿Será que la envidia, que se ha visto condenada á reconocer la superioridad del que se eleva sobre sus iguales, esté espiando el momento en que la fortuna le vuelva la espalda para elevar cobarde su puñal? Hay en el corazón humano no sé qué secreto impulso que nos inclina al mal, y que halla su deleite en hacerlo y hasta en contemplarlo. La crueldad con que los niños martirizan á los más inocentes y bellos animales de la creación, nos presenta en germen este instinto, y su desarrollo sería espantoso si no vinieran á contenerlo de consuno la educación, la moral, la religión, las costumbres, las leyes y el respeto á las autoridades que las representan ó están encargadas de su cumplimiento y de la protección debida á los ciudadanos. Pero cuando estas autoridades y los ministros de la religión, lejos de mantener

el orden y predicar la paz, capitanean las turbas populares y declaran meritorio el asesinato de los liberales hasta la cuarta generación; cuando provocan á los pobres contra los ricos, á los ignorantes contra los ilustrados, á quienes califican de herejes ó de judíos; cuando encienden el fanatismo religioso, ¿no ha de responder el genio del mal á tantas provocaciones? Los que presenciaron la espantosa reacción producida en España por la entrada del Ejército francés, no sólo comprenden los excesos y horrores que la acompañaron, sino que extrañan no pasaran más adelante, según eran de bárbaras y sanguinarias las predicaciones de tanto fraile fanático y algunos clérigos ignorantes y ferozmente realistas. Aprendan hoy, que mucha falta les hace, aquellos que quieren también jugar con la religión y hacerla instrumento de sus egoísmos y miras políticas.

Conviene tener presente, al recordar los tristísimos sucesos de Roa, dos circunstancias muy especiales, sin las cuales sería imposible comprender la situación de aquel pueblo y el inaudito y prolongado martirio del *Empecinado*. Era corregidor de aquella villa D. Domingo Fuentenebro, á quien él tuvo que prender durante la guerra de la Independencia, en virtud de orden superior y por un delito común, el más deshonesto, sin duda, de cuantos se pueden cometer; y reuniéndose en aquella indigna autoridad civil sentimiento de venganza con el interés de borrar la fea nota que llevaba á fuerza de servicios extraordinarios en favor de la reacción, se cebaba con doble crueldad en su víctima por el recuerdo de la culpa y por la esperanza del perdón. Y era el estado de aquel pueblo tan singular y lamentable, que sólo allí podía haber encontrado cómplices dignos aquel verdugo. Casi todos los propietarios y personas acomodadas eran liberales, y todos estaban presos y sufriendo los más duros tratamientos. Habían armado á los jornaleros, que alternaban de día y de noche en la guardia de los presos, á quienes insultaban y escarnecían de la manera más brutal, y pasaban después á sus casas á cobrar el jornal, como si hubieran trabajado en las tierras de su propiedad, que todo aquel tiempo permanecieron incultas y completamente abandonadas. Así, viviendo á costa de los ricos, había siempre una plebe ociosa, ébria y feroz, destinada principalmente á martirizar incesantemente al infeliz *Empecinado*, sin permitirle siquiera una hora de descanso. Creyeron, sin duda, acabar de este modo con su vida, y sólo su alma grande y su extraordinaria robustez pudieron prolongarla

tanto tiempo. Habían transcurrido así diez meses, cuando por primera vez se pensó en formarle una causa cualquiera para condenarle á muerte. La única dificultad que hubo, sin duda, fué la de inventar un delito sobre qué fundar el proceso. Como todos los que se formaron en aquella época por motivos políticos se quemaron, como dijimos al principio, no es posible averiguar con exactitud el título que llevaría la *Causa del Empecinado*, pero quedaron documentos y de ellos resulta que le acusaron «por haber obedecido al gobierno constitucional, y por no haber sido faccioso ni querido unirse á los franceses cuando éstos entraron en España para devolver al rey su Soberanía, de la que había sido infamemente despojado.»

El *Empecinado*, el héroe de la Independencia, acusado de no someterse á lo que decidan los monarcas extranjeros sobre la suerte de España, acusado de no abandonar las armas á la vista del Ejército francés, enciende la sangre el pensarlo, y no se puede admirar bastante cómo tuvo tranquilidad de espíritu para oír tales insultos y contestar con tan sublime sencillez. El *Empecinado* prohibía á todos los que por él se interesaban que hiciesen ninguna gestión en su favor. Pero vivía su infeliz madre, y era imposible que se resignara á ver morir á su hijo en la horca. Entristece el leer las súplicas y los ruegos que al rey dirige para que salve la vida del que salvó su trono, y causa horror ver que llegaba el terror de aquella época hasta el punto de que nadie se atrevía á redactar semejantes exposiciones sino con timidez, y con salvedades y rodeos indignos del que reclama con tanta justicia y tanta razón. Quién pedía el cumplimiento de la capitulación, quién el de un decreto de 31 de Octubre de 1823 que la daba nueva fuerza, quién que se le aplicara el indulto de 1.º de Mayo de 1824; pero ninguno se atrevía á repetir lo que aquella infeliz anciana quería decir al rey. No era posible que oyera el rey este lenguaje; pero en el fondo de su conciencia (1) so-

(1) En una de las súplicas se decía al rey: «Oid, señor, á una madre desgraciada. Si vos no hubiérais abandonado vuestro trono y vuestro pueblo, el hijo de mis entrañas sería un honrado labrador que me sostendría con su trabajo, y viviría conmigo hasta que me cerrase los ojos. Para sacaros de Francia y volveros al trono tomó mi hijo las armas, y tales cosas hizo, que al poco tiempo era General, si no hubiere sido, si no hubiera abandonado su casa y su labor para defenderos, no correría ahora ningún peligro. Quitadle, señor, la faja que él se ganó, y que las pocas veces que se la puso se la veía yo con más extrañeza que gusto; dejadle como estaba el año ocho; quitadle todo lo que ganó en la guerra, menos sus gloriosas cicatrices,

naban las palabras que el despecho arrancaba á una madre afligida, y las leían sus ojos al través de ciertas ideas indicadas, y de reticencias muy significativas que se hacían en algunas exposiciones muy dignas, cuyo principal objeto era que se quitase el conocimiento de la causa á un juez que era enemigo declarado y rencoroso del procesado. El efecto que en su real ánimo produjeron estas exposiciones, se puede inferir del decreto que dirigió al imbécil de Colomarde nombrando juez al corregidor de Segovia y mandándole que continuase la causa y abreviase los trámites; esto es, que ahorcase al *Empecinado* á toda prisa. Y así lo hizo el que de antemano había recibido el premio del asesinato jurídico, y así lo aprobaron los alcaldes de Casa y Corte, si bien dos de ellos, los señores Arismendi y Herrero Prieto, aunque eran furibundos realistas, procuraron no manchar sus togas con tal iniquidad.

Llegó, pues, el día terrible, y en medio de los más groseros insultos y crueles tratamientos, murió aquel héroe de la guerra de la Independencia y aquel mártir glorioso de la causa de la libertad. El pueblo, que había sido mañosamente alucinado y cuyas pasiones se habían excitado hasta el frenesí, comprendió entonces el inmenso vacío que había quedado en Castilla y en toda España, y aunque tarde, como suele suceder siempre á los pueblos, se arrepintió, fué más humano con los liberales y se avergonzó de haber sido instrumento de los que en el confesionario y en el púlpito les aconsejaban su exterminio como obra meritoria á los ojos de Dios. Estos llevaron su venganza más allá de la muerte, como lo prueba la conducta incalificable del confesor, que apenas se había dado sepultura al cadáver, se apresuró á revelar á la autoridad la existencia de una corta cantidad de dinero que en confesión le declaró el desgraciado *Empecinado*, con ánimo sin duda de librarle de las garras de sus verdugos y de aliviar la miseria en que quedaba su pobre familia. Pareció tan extraña esta revelación al corregidor comisionado para la ejecución de la sentencia de muerte, que no se atrevió á proceder en consecuencia de ella, si no se ratificaba por escrito en su declaración el confesor. Este se ratificó, y el documento presentado,

que nadie le puede quitar; pero, mirad, señor, que si quitais la vida á quien tanto debeis, más daño habeis de hacer á vuestro trono y á vos mismo, que el que hareis á esta pobre mujer; porque yo moriré enseguida que mi hijo, y nos llevéis eternamente en la frente la mancha de su sangre, y esa mancha acompañará vuestra memoria, que será maldecida por todas las madres.»

dice así con su propia ortografía: «Certifico vajo la fée y palabra de sacerdote confesor del difunto que concuerda fielmente con el y con otras aclaraciones que me hizo de palabra cuando no había ya tiempo para escribir y ni el me lo permitió, creyendo que todos estos caudales usurpados habían de quedar ocultos (1), como toda su mala vida abusando para ello del Santo Sacramento que jamás tuvo intención de recibirlo, ni perfeccionar la confesion, sino en cuanto sirbiese de Capa y alcahuetería para asegurar lo robado, y no reconocer jamás por ladrón ni mal hechor á los llamados serviles y como esto no lo sufra ni permita la moral y sana teología, por eso esta no quiere obligar á los ministros de la penitencia el sigilo cuando la intención de los penitentes no es de hacer sacramento sino de hacer burla del sacramento y un desprecio formal; por eso pues he creído ser de mi satisfaccion el oficio adjunto de V. S. como lo he hecho: Dios guarde á V. S. muchos años. —Roa 25 de Agosto de 1825. Fr. Ramón de la Presentación. = Señor Don Vicente García Alvarez corregidor de Roa».

Que analicen los gramáticos y pongan en claro los intrincados conceptos del buen fraile que así manejaba la pluma, y el admirar lo peregrino de sus frases, sobre todo la de «hacer Sacramento», y otra que no es para repetida; dejemos para los teólogos el examen de su doctrina sobre el sigilo sacramental; pero si hay alguna ciencia, aunque la llamen divina, que justifique ó excuse semejante proceder, es una fortuna ignorarla, porque en el corazón de todos los hombres, aun los menos virtuosos, hay un sentimiento muy hidalgo que considera como sagrada la confianza que uno hace á otro en los postreros instantes de la vida, y á los que son capaces de abusar de ella, los condena como desleales, indignos y malvados. Hasta en esto fué desgraciada aquella alma tan noble, que no podía acabar de creer que llegase á tal punto la perversidad de los enemigos que le rodeaban.

Grande era el menosprecio en que se tenía en Europa á nuestro Gobierno, y muy triste la idea que se formaba del estado de nuestro país. La emigración de nuestros legisladores de Cádiz, de nuestros más ilustrados compatriotas, y de Generales como Mina, mostraba bien á las claras la intolerancia y la injusticia de aquella época; pero la muerte del *Empecinado* la presentó con tal carácter de ferocidad, que la Eu-

(1) Conviene advertir que se trataba de la cantidad de 14.000 reales.

ropa apartó de nosotros la vista, y los liberales, resueltos á vengarla y á sacudir tan indigna tiranía, entraron en planes más ó menos temerarios, y prepararon la opinión, que no podía menos de triunfar á la muerte del rey. Así el suplicio del *Empecinado* contribuyó al triunfo de la libertad, y cuando la nación la recobró, dió muestras de su gratitud trasladando sus cenizas de Roa á Burgos; su nombre se halla esculpido en el salón de las sesiones del Congreso, no sólo como eterno recuerdo de las glorias nacionales y como garantía de nuestra independencia, que siempre que se vea amenazada la salvarán valientes patriotas, sino también como triste ejemplo de la ingratitud y de la bárbara crueldad con que fueron tratados los liberales españoles.

El *Empecinado* logró que su nombre penetrase en todas las clases de la sociedad, y que su memoria sea de todos bendecida y respetada. ¿Y cómo lo logró? Siendo como fué. Es preciso consagrar su vida entera á la defensa de una causa justa: es preciso luchar un día y otro día contra la opresión, las preocupaciones, los abusos del poder, los errores de la hipocresía y contra todos los obstáculos que el interés, el egoísmo y la arbitrariedad oponen al hombre enérgico y perseverante que pide justicia y libertad para todos.

Es necesario arrostrar con serenidad las iras de los más altos poderes y decir toda la verdad, por amarga que sea, sin oír otra voz que la de la conciencia, sin temer otras acusaciones que las del pueblo, cuya causa se defiende; pero sin halagar sus sentimientos si no son justos, por no perder una popularidad que no es sólida, sino es legítima.

Es necesario que los hechos estén en perfecta consonancia con las palabras, mostrándose en todas ocasiones, y lo mismo en público que en privado, justo, circunspecto, honrado y digno de sus obras. Es necesario ser puro y delicado hasta la exageración, modesto y sencillo en sus gustos y costumbres, enemigo del fausto con que quieren encubrir su pobreza de espíritu las almas vulgares, llano, sin dejar de ser respetuoso, humilde con los inferiores, digno con los magnates, afable y benigno con todos.

Se necesita no cambiar de opinión, según cambia la fortuna, dando á todos ejemplo de inquebrantable constancia y mostrándolo en sus principios tanta más fe cuanto más lejos estén de la victoria.

Es necesario sufrir con resignación y dignidad las persecuciones, sin exhalar una queja, sin dirigir una súplica á los perseguidores. Pre-

císa pensar, sentir y obrar con tal rectitud, que aun cuando el mayor enemigo viese las ideas, los sentimientos y los hechos, no halle en ellos nada que sea digno de censura.

Es necesario ser insensible á las murmuraciones de la envidia, á los improprios de la maledicencia y á las imputaciones de la calumnia. Es preciso, en fin, que ni por halagos, ni por amenazas, ni por ningún otro motivo de esos que tan poderosos son para las almas vulgares, haga ni diga nada que no sea conforme á sus doctrinas y sentimientos.

Pues esto fué, esto hizo D. Juan Martín Díez (el *Empecinado*). Este es el retrato, aunque mal bosquejado, de aquella vida consagrada á la patria, á la libertad y á la honradez. Y porque vivió así, porque fué el campeón constante de una causa santísima, porque fué el defensor tenaz de la Patria y la libertad, porque no reparó en concitar contra sí el enojo de la corte, y sufrió dignamente los tormentos que su patriotismo le acarreó, y ni se enorgulleció en la prosperidad, ni se abatió en la desgracia, el pueblo español bendice su memoria y repite su nombre con orgullo, y al resplandor de su gloria se siente más vigoroso, más digno y más capaz de seguir la senda trazada por aquel patricio esclarecido.



C-42-

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Publicadas.

	Pesetas.
Pizarras de Aritmética, con arreglo á la obra que sirve de texto para el ingreso en las Academias Militares, adicionadas con notas y aclaraciones. (<i>Segunda edición</i>).....	5
Elementos de la Teoría de Polinomios Determinantes.....	2
Ideas acerca de la Educación de la Sensibilidad y Felicidad del Pensamiento.....	2
Utilidad de la Ciencia de las muchedumbres.....	2,50
La Patria y el soldado. El Ejército y el Pueblo. Conferencias pronunciadas en el «Centro del Ejército y de la Armada» en Febrero de 1903 y Enero de 1904, respectivamente. (<i>No se venden.</i>)	
La instrucción y el espíritu militar son principales factores del progreso de una nación.—Discurso pronunciado en el «Centro del Ejército y de la Armada» en Noviembre de 1904.	

En preparación.

Virtudes de la Mesocracia.

Asesinato jurídico del General Riego.

Métodos operativos de la Aritmética vulgar.